

TEXTO PARA EL CATÁLOGO

CUATRO ELEMENTOS... PARA HACER ARTE

Hubo un tiempo en que los cuatro elementos, tierra, agua, fuego y aire, eran considerados origen y sustancia de todas las cosas, de toda la multiplicidad materializada en el cosmos. Evidentemente, hoy sabemos que esto no es cierto, sin embargo, el sentido y la fuerza de estos cuatro elementos se ha mantenido a lo largo del tiempo, porque, pese a estar en absoluta discrepancia con los conocimientos científicos, no lo están con un tipo de percepción directa e intuitiva que nos relaciona con el mundo que nos circunda, independientemente de la influencia que pueda tener el peso de la larga tradición escrita que existe acerca de estos cuatro elementos, y de la presencia que ésta ha tenido en multitud de facetas ligadas al devenir de la humanidad hasta la actualidad más inmediata.

La atribución del origen de todo lo existente a cierto número de elementos esenciales ha sido común en varias de las grandes civilizaciones del mundo, en ocasiones estos elementos eran cuatro, en otras cinco, pero, al margen del número, entre todas esas concepciones pueden establecerse claros paralelismos, y uno de ellos es que precisamente tierra, agua, aire y fuego son los más repetidos de una u otra forma, con el complemento, en ocasiones de otros como el éter o el vacío.

En la civilización occidental esta concepción del mundo parte de los filósofos presocráticos. De entre ellos, Tales de Mileto (Ss. VII - VI a.C.) comienza proponiendo un monismo material, según el cual todo viene del agua. Más tarde, Heráclito (S. V. a.C), de manera muy poética, propone como elemento esencial el fuego, que en su constante flujo une y separa contrarios, asocia a las divinidades entre si y también lo que hay en el hombre de divino, que es el alma.

El primero en reunir los cuatro elementos fue Empédocles (S. V. a.C) tomando como referencia las aportaciones de otros filósofos: el agua de Tales de Mileto, el fuego de Heráclito, el aire de Anaxímenes y la tierra de Jenófanes. En la concepción del mundo de Empédocles, para mover y producir la multitud de combinaciones de los cuatro elementos esenciales existían dos fuerzas primitivas: el Amor y el Odio.

Desde entonces se han hecho multitud de teorías e interpretaciones, atribuyendo cualidades diferenciadoras a cada elemento que sirvieran para explicar la complejidad del mundo. De este modo, básicamente el fuego se ha etiquetado como caliente y seco, la tierra como fría y seca, el aire como caliente y húmedo y el agua como fría y húmeda, y con ello se ha

facilitado la comprensión de las peculiaridades sensoriales en todas las materias que componen el universo.

Las interpretaciones fueron extendiéndose y aplicándose a diversos campos del conocimiento, y especialmente se centraron en explicar al propio ser humano. Ya Hipócrates (Ss. V-IV a.C.) recurre a estos elementos para describir el cuerpo como una asociación de los "cuatro humores": flema (agua), bilis amarilla (fuego), bilis negra (tierra), y sangre (aire). Argumentando que la enfermedad se desarrolla por una pérdida del equilibrio de estos humores. Estas ideas persistieron durante la Edad Media hasta alcanzar el Renacimiento.

Pero no solo se aplicó esta estructura a la medicina, también se ha tratado de explicar con ella el comportamiento de las personas, en este sentido, la astrología, que interpreta la personalidad y la conducta humanas según la posición de los astros en el universo, ha asociado los signos del zodiaco a los cuatro elementos en grupos de tres, de forma que hay signos de fuego (Aries, Leo y Sagitario), de tierra (Tauro, Virgo y Capricornio), de aire (Géminis, Libra y Acuario) y de agua (Cáncer, Escorpión y Piscis). Esto significa, evidentemente que cada uno de estos grupos tiene características comunes, que se completan con otras específicas de cada uno de los signos.

También a partir de los cuatro elementos se ha tratado de comprender la naturaleza y el comportamiento humano en base a interpretaciones religiosas o psicológicas, asociando a cada uno de ellos diversas tipologías psicosomáticas de las personas, la más extendida, y que ha llegado incluso a la psicología contemporánea es la división entre los tipos colérico, sanguíneo, flemático y melancólico.

De diversas maneras, tierra, agua, aire y fuego han llegado a nosotros con una presencia y una vigencia extrañas, nos sigue hechizando su presencia pese a que la ciencia nos ha proporcionado información exacta y precisa acerca de la composición de la materia, del origen del universo, etc. En el fondo nos identificamos con esa antigua concepción, y estos cuatro elementos de forma directa e instintiva nos hablan de nosotros mismos, nos sentimos dependientes de ellos y nos percibimos seguros con ellos. No es extraño, por tanto, que resulten un buen recurso para la creación artística, tanto por la evidente posibilidad de ser utilizados físicamente como por el enorme poder evocador que tienen, ya sea debido al bagaje cultural que los acompaña o a su capacidad de inducir a la metáfora y al símbolo de forma espontánea e intuitiva.

Fernando Evangelio